

LO TRAUMÁTICO DE LA SOBERANÍA.

LUGO, H. ARIEL

• Magister en Ciencias Sociales y Humanidades. Profesor adjunto. Facultad de Psicología, Educación y Relaciones Humanas. Sede Central. Lic. en Psicología. Fundamentos de Filosofía.

• *E-mail:* arielhugo@hotmail.com

Palabras Claves

- Soberanía
- Trauma
- Porvenir
- Pulsión

¿Cómo enfrentarse a la cuestión de la soberanía, sin poder sustraerse a los traumas que ella ha generado? ¿Cómo tornar menos soberana a la soberanía para aspirar a una democracia *por venir*?

El trauma sería, justamente, traumático *por venir* del futuro por estar aún por venir, no por hacer retrotraerse a uno a un pasado donde se produjo el trauma, como lo sostenía Freud, sino que se presente, y la amenaza así lo demuestra, que lo peor está por venir. La soberanía, que siempre es abuso de poder, que siempre para mantenerse recurre al abuso, a decisiones soberanas en nombre del sostenimiento de la democracia, quedando muchas veces ésta extraviada en la soberanía. Esa aporía invade a los Estados, en una

contienda permanente entre su soberanía y el mantenimiento de la democracia. Allí, las decisiones de unos pocos países que son los que cuentan con el mayor poderío armamentístico, económico, etc. cada vez se tornan más unilaterales y soberanas, omitiendo las decisiones democráticas.

Considero que ahí, actualmente, se produce lo traumático, no ante un hecho consumado que retorna una y otra vez para recordar el trauma, sino ante la situación de incertidumbre de no saber, o mejor aún, de saber que lo por venir será peor, de allí el trauma *por venir* por la soberanía que se torna más y más soberana, desplazando y anulando a la democracia.

Releyendo uno de los últimos textos de Derrida, ¿Cómo no temblar? (2009), se presenta en dos ocasiones a lo largo del texto la palabra traumatismo. Refiriéndose a su propio temblor de mano y lo que lo producía, el miedo de no poder escribir más, sostenía que el temblor una vez que se lo siente, ya tuvo lugar como síntoma. El temblor trae la incertidumbre de lo que va a suceder, allí radica su virtud y su defecto. El temblor anuncia la violencia que se podría desencadenar. Ese traumatismo que tuvo lugar y retorna, pero desde el futuro como lo inaprensible y desconocido que lleva a temblar por él. (p. 28)

Es así, que el trauma proviene del futuro, allí se aprecia su fuerza, lo que hace temblar, lo que no se sabe cómo, dónde, cuándo ocurrirá ni si realmente tendrá lugar, pero es causante de esa sensación de certeza que lo que vendrá será peor.

En relación a lo anterior, Derrida (2010) refiriéndose al atentado de las *Twin Towers*, sostiene que lo que causa el trauma de tal acontecimiento, no es el hecho pasado, sino la apertura a lo que no se sabe que va a venir, se lo puede anticipar, sabiendo que va a venir, pero no se sabe qué es lo que va a venir o incluso se intuye que lo peor es lo que resta por venir. (p. 60) Derrida, va aún más allá y sostiene que la estructura del trauma estaría conformada por esta lógica que realiza su duelo imposible sobre lo pasado, pero especialmente sobre lo por venir; así lo escribe: “...estructura esencial del trauma...que hace su duelo imposible tanto del pasado, del ser

ser-pasado del golpe asestado, como de lo que queda por venir y que, de mal en peor, instala la virtualidad de la peor amenaza en el corazón de todo lo que actualmente se puede saber, saber hacer y hacer saber.” (2010: 62) Esa virtualidad en la que se juega el trauma es absolutamente efectiva y real, ya que condiciona el pasado y lo por venir. Eso es lo que atemoriza y causa el terror de lo que no se puede ver o saber que viene.

Después de un trauma, sobreviene el trabajo de duelo, para hacer olvidar lo perdido, para localizarlo en un lugar preciso, para que de ese modo no retorne una y otra vez espectralmente. Se lo sitúa en un lugar para poder tener la certeza que allí se encontrará y no divagará e irrumpirá intempestivamente cuando le plazca. En *Espectros de Marx*, en menos de 15 líneas de separación, Derrida postula que el duelo es siempre posterior al trauma, insistencia no desconocida en sus textos y que no es una cuestión menor si se tiene en cuenta que está refiriéndose a Marx y a la herida que éste abrió y que se busca cicatrizarla, enterrarla y olvidarla. Marx generó un trauma que es necesario olvidar por medio del duelo. De allí, la insistencia de Derrida en sostener que el trauma es anterior al duelo, porque Marx provocó y provoca un trauma, aunque muchos no lo quisiesen reconocer, que es necesario que se duele para poder dejarlo en el pasado y que no retorne nunca más. (Derrida, 1995: 113-115).

Derrida sostiene que se refiere a una *polito-lógica* del trauma, vinculando a éste último con una cuestión que excede lo subjetivo y ampliándolo al ámbito de lo político. La herida que no se puede borrar, que no se puede olvidar, por ello son necesarias ciertas estrategias políticas para buscar hacer el duelo por el trauma, pero será un duelo siempre imposible, que jamás podrá dejar en el pasado al trauma que siempre estará por venir. Un trauma que no pasa, que siempre está por venir, que traumatiza por estar siempre por traumatizar aún más. Que no se lo puede ver venir, que no se lo puede neutralizar por ningún trabajo de duelo, por ser éste imposible de efectivizarse.

En una entrevista que le realizaron a Derrida (2004), poco tiempo después de producirse los atentados del 11 de septiembre, expresa



que un acontecimiento traumático como fueron dichos atentados, no puede quedar circunscripto al pasado y al presente, a través de la compulsión de repetición del hecho traumático, sino que ese esquema es insuficiente para pensar un acontecimiento. Por ello, propone que lo traumático se sustenta en lo porvenir, en lo que no se sabe que va a ocurrir, en la incertidumbre de lo que acontecerá o en la certidumbre de lo que viene será mucho peor. (pp. 144-145).

“Se trata de un trauma y, por consiguiente, de un acontecimiento cuya temporalidad no procede ni del ahora presente ni del presente pasado, sino de un impresentable que está por venir. Un arma hiere y deja abierta por siempre una cicatriz inconsciente; pero esta arma es aterradora porque viene del porvenir, de un porvenir tan radicalmente por venir que se resiste incluso a la gramática del futuro anterior.” (pp. 144-145).

El trauma abre a lo por venir, que tiene el efecto de hacer que el trauma sea aún más traumático, porque puede ocurrir algo peor a lo ya pasado. El trauma pasado hiere, pero si sólo fuera eso, si ya no habría algo peor por venir, se podría iniciar y finalizar el trabajo de duelo, se podría sin demasiados inconvenientes, seguir el curso de la vida normal, pero con el trauma marcado por lo por venir, esto se torna imposible. Es así que el trauma genera un movimiento de resistencia, que lleva a la aceptación del mismo y al mismo tiempo, a la negación que algo más traumático podría venir. Se buscan estrategias que aplaquen la angustia y el terror que genera el hecho que podrá venir algo que genere un trauma aún mayor. La desesperación por saber que lo que pasó fue lo más terrorífico y que no pasará algo más grave, lleva a elaborar maneras de enfrentarse con ello, aunque sean infructuosas.

En *Canallas* (2005) también hace referencia a la cuestión del trauma y su intrínseca relación con lo por venir. *“El trauma sigue siendo traumatizante e incurable porque procede del porvenir. Lo virtual también traumatiza. El trauma tiene lugar allí donde estamos heridos por una herida que todavía no ha tenido lugar, de una forma efectiva ni de otro modo que mediante la señal de su anuncio.”* (p. 129) El trauma produce su efecto ante el presagio de su llegada,

aunque nunca se concrete, pero es allí donde reside lo traumático del mismo, y que sea peor de lo que se ha vivido.

Relacionando a la soberanía con el trauma, se puede sostener que: a) Se genera el trauma por no poder saber lo que está por venir y que ello sea peor a lo que ya ha pasado. Un trauma por lo que va a venir, por la ausencia de certezas para poder de una vez por todas, sepultar al pasado y realizando el trabajo de duelo, continuar con el curso normal de las cosas. Por no saber si el trauma generado por la creciente búsqueda de soberanía por parte de los Estados, será cada vez más cruel, más violenta, más soberana. b) Este movimiento, de acrecentamiento de la soberanía, llevaría a un contra-movimiento por parte de todos los Estados que buscan erigirse en más soberanos, esa lucha por la soberanía a nivel planetario, lleva a que los Estados más poderosos, se sientan amenazados en su soberanía. c) La inseguridad de no saber realmente quién es el enemigo, quién se para delante de uno para contrarrestar la propia soberanía, trae aparejado el trauma frente a la vulnerabilidad ante lo que no se sabe que va a venir, pero a su vez, quién va a atentar contra esa soberanía.

Se aprecia que hay un movimiento en aumento de la soberanía que conduce a dejar al margen a la democracia, haciéndose más y más fuerte el poder soberano de los Estados. Pero por otra parte, se produce una búsqueda por atentar contra esa creciente soberanía de algunos Estados, por cualquier medio, que convierte a estos últimos en vulnerables.

Es por ello, que al no poder sobrevenir el trabajo de duelo, permanece el trauma que no cede su lugar al duelo, es por ello que se transforma en una situación en la que se vive atravesado por el trauma de lo que va a venir, que la soberanía se torne aún más soberana y la democracia menos democrática, a cada instante.

Derrida (2005) siguiendo la carta abierta enviada por Einstein a Freud, sostiene que la *pulsión de poder* lleva a la búsqueda por sostener la soberanía, pero asimismo, por imponerla a los otros, sobre los otros, para que la reconozcan y cedan ante ella. Pero junto con la pulsión



mencionada, existe otra, que es la de crueldad; que van a la par pero no se reduce una a la otra. Pero ¿por qué no revelarse ante ese sometimiento al que someten los Estados a sus ciudadanos? Porque el hombre, según Einstein, tiene una necesidad de odiar y de exterminar a los demás; por ello, se somete a la crueldad de los Estados que les garantizan que impondrán su soberanía por sobre las demás. Si estas pulsiones, de crueldad y poder, son anteriores a los principios de placer, no habría política capaz de erradicarlas. Sólo maneras, estrategias para poder controlarlas, según lo que postula Freud. (pp. 182-183) Para Freud, sería solamente una ilusión aspirar a eliminar, de las relaciones estatales, las pulsiones de crueldad y soberanía. Derrida, en contraposición, sostiene que el acontecimiento de la llegada del otro, la hospitalidad imposible “rompería” y estaría más allá de las pulsiones de placer, realidad, crueldad y poder. (p. 185).

La crueldad a la que someten los Estados en nombre de la soberanía y la que sufren por la búsqueda o el mantenimiento de la misma, que no se pueden escindir. Soberanía que no se da sin crueldad movida por la pulsión de poder, a la que habrá que contraponer una hospitalidad incondicional. La hospitalidad imposible rompe con la pulsión de poder (y crueldad), incluso con la de placer, porque se presenta en forma acontecimental, quebrantando la lógica que mueve a las pulsiones.

Para Freud, desde la lectura de Derrida, la pulsión de soberanía sería ineludible, ya que es la que mueve el paso al derecho, monopolizando y contraponiendo la violencia de la comunidad a la violencia individual. Sólo habría vías indirectas para eludir esa violencia que se basa en las pulsiones. La pulsión de soberanía es aneconómica, ya que destruye, pero Freud, busca neutralizar, volver económica esa tensión entre las pulsiones. Intenta domeñar lo acontecimental, transformar en una cuestión de equilibrio y superación esa pulsión de destrucción.

Derrida sostiene que debe haber un *incondicional sin soberanía* y crueldad, cuestión en extremo difícil, pero indispensable para determinar la condicionalidad económica de la soberanía, pulsión de muerte, soberanía, crueldad, pulsión más allá de los principios. Más

allá de la economía de lo posible, más allá del más allá. Una vida que no se rija por la economía de lo posible, sino desde una apertura hospitalaria al acontecimiento, una vida im-possible, una super-vivencia, que es la única vida que merece ser vivida. (Derrida, 2005: 210).

Derrida (2005), refiriéndose a las instancias constativa y performativa, sostiene que se debe abrir un espacio al acontecimiento. *“Donde haya ley y performativo, aunque sean heteronómicos, sin duda pueden existir el acontecimiento y el otro, pero inmediatamente son neutralizados, en lo esencial, y reapropiados por la fuerza performativa o por el orden simbólico.”* (p. 213) La llegada del otro no se puede circunscribir a la lógica de lo esperable, es lo que acontece imprevisiblemente, lo que no puede neutralizarse, lo que abre a la posibilidad de pensar lo *por venir*.

La pulsión de soberanía puede ser aplacada indirectamente por la pulsión de vida, pero entre ellas se produce un hiato insalvable, por la venida del otro, por el acontecimiento de su presencia que quebranta la economía de las pulsiones. Ante la pulsión de soberanía se debería oponer la hospitalidad incondicional y no la pulsión de vida (como sostenía Freud), que está más allá de dicha pulsión, que la excede y desborda.

Žižek en consonancia con esta postura de Derrida, refiriéndose al estatuto de la pulsión que es intrínsecamente ético y que por ello, el trauma no se recuerda como hecho objetivo, tal cual se produjo, sino que el trauma se torna imposible de incorporarlo al universo simbólico, por ser tan horrible. *“Todo lo que tenemos que hacer es marcar repetidamente el trauma como tal, en su misma “imposibilidad”, en su horror no integrado, por medio de algún gesto simbólico “vacío”.”* (Žižek, 2006: 352) El trauma que permanece en la imposibilidad de ser asimilado a lo simbólico, marcado por esa imposibilidad misma, quedando por fuera de ese universo, posibilitando la apertura a lo Nuevo; a lo por venir, diría Derrida.

Se debe preservar la huellas, las marcas, la heridas de los traumas, preservarlos en la imposibilidad de asimilación de los horrores que los originaron, pero no para quedarse prendados de pasado, sino



para realizar una apertura a lo venidero, que se presentará como más traumático, más soberano y más cruel.

Ante las preguntas realizadas al inicio (¿Cómo enfrentarse a la cuestión de la soberanía, sin poder sustraerse a los traumas que ella ha generado? ¿Cómo tornar menos soberana a la soberanía para aspirar a una democracia *por venir*?), no es posible dar una respuesta sencilla, ya que la democracia debe tener una fuerza más fuerte que las demás fuerzas, debe tener la fuerza del pueblo, que sería el mundo en su totalidad para el caso internacional, para poder ejercerse. En este sentido, necesita un poder soberano. Pero la aporía es que requiere de la soberanía para defender la democracia y por lo tanto, traicionaría a aquello que busca defender. La soberanía es indivisible, pero para sostener esta *soberanía democrática* o *democracia soberana* debe dividirse, compartirse con todos, por lo tanto dejar de ser soberana. Ante esta aporía, Derrida establece que la *democracia por venir* exige un pensamiento de lo democrático más allá de la soberanía de los Estados-nación. Es necesario exceder los límites de lo soberano de cada Estado para tender a la democracia universalizable en un espacio internacional.

La soberanía implica abuso de poder y es este que lleva a que los Estados poderosos que dicen llevar adelante acciones para el establecimiento de la democracia, solamente la traicionen. Es por ello, que cuando se habla de soberanía es imposible sustraerse a los traumas que la búsqueda desmedida de la misma ha generado, pero asimismo, no se podrá dejar de aspirar a ella. Es la pulsión de soberanía que lleva a su búsqueda insaciable, que trae aparejados hechos crueles por tratar de imponerse, pero esos hechos que generan traumas, son traumáticos por estar regidos por lo *por venir*, por lo que se desconoce y se piensa que será aún peor que lo pasado. Para Derrida, es la apertura a la llegada del otro desde una hospitalidad incondicional, lo que permitiría escaparse a esa *lógica* de las pulsiones.

En la actualidad, en el ámbito internacional, es donde se debe dejar de lado la aspiración a una soberanía absoluta, para poder erigir una democracia que no tenga a algunos Estados por encima de otros,

es necesario tornar menos soberana a la soberanía, realizando una apertura a la *democracia por venir*. De no ocurrir esto, lo traumático estará siempre *por venir*, acosará desde lo venidero y será, siempre, peor y más cruel.

Bibliografía

- Derrida, J. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la Nueva Internacional*. Valladolid, Trotta, 1995.
- *Autoinmunidad: suicidios simbólicos y reales. Diálogo con Jacques Derrida*. En: Borradori, G. "La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida." Buenos Aires, Taurus, 2004.
- *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*. Madrid, Trotta, 2005.
- *Lo imposible más allá de una soberana crueldad*. En: Major, R. "Estados generales del psicoanálisis. Perspectivas para el tercer milenio." Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- *¿Cómo no temblar?* En: "Acta Poética 30-2." México D.F., otoño 2009.
- *Seminario La bestia y el soberano I (2001-2002)*. Buenos Aires, Manantial, 2010.
- Žižek, S. *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

